MUNDO DE LIBROS

El Gíbaro: Cuadro de costumbres de la isla de Puerto Rico

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

MANUEL A. (MANUEL ANTONIO) ALONSO

El Gíbaro: Cuadro de costumbres de la isla de Puerto Rico

Manuel A. (Manuel Antonio) Alonso

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

EL

GIBARO.

CUADRO DE COSTUMBRES

DE LA

ISLA DE PUERTO-RICO.

por

D. Manuel A. Alonso.

[Illustración]

Barcelona.
POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M.,
CALLE DE MONSERRATE, N. 10.

1849.

Dedicatoria.

[Illustración]

Al Sr. D. Juan Alonso, Caballero de la Orden de S. Hermenegildo, condecorado con otras varias cruces de distincion, 2.º comandante del 6.º batallon de milicias disciplinadas de Puerto-rico, etc. etc.

Dedica esta obrita como una muestra de gratitud por sus muchas bondades su apasionado hijo

Manuel A. Alonso.

[Illustración]

PRÓLOGO.

[Illustración]

Algunos años hace que deseaba publicar en obsequio de mi país una memoria, en la cual se viera claramente la falta de armonía que reina entre los estudios hechos en aquella isla y los de la Península, para evitar á los padres de familia y á la juventud estudiosa tropiezos y sinsabores que una triste esperiencia me habia hecho conocer; mas el temor de una crítica severa ahogó los sentimientos de mi corazon, y un silencio estéril, y acaso reprensible, encubrió verdades, dolorosas sí, pero que siento haber callado tanto tiempo.

Cada Puerto-riqueño que venia á seguir una carrera literaria, se encontraba aterrado por obstáculos imprevistos y muchas veces insuperables: apareció la reforma del Plan de estudios, y con ésta crecieron aquellos hasta tal punto, que creí un deber lo que antes era un deseo. Resuelto ya, era preciso elegir formas que diesen un esterior no muy desagradable al desengaño; y entonces me ocurrió la idea de escribir una coleccion de artículos de costumbres, entre los cuales pudiera figurar uno relativo á la enseñanza. He aquí la historia del GIBARO.

Conforme á lo dicho en el prospecto, he reunido aquellas escenas que juzgo mas á propósito para dar una idea de las costumbres de nuestra Antilla, procurando ser exacto como narrador, indulgente ó severo segun las circunstancias, y teniendo siempre la mira de _corregir las

costumbres deleitando_. ¿Habré logrado mi propósito?

Aparte de las grandes dificultades del estilo medio, que me ha sido forzoso adoptar, y, mas que todo, aparte del ingenio que estoy muy lejos de reconocer en mí, se oponen al logro de mis deseos dos barreras formidables: el tiempo y la distancia. Hace cerca de siete años que media el Océano entre mi patria y el lugar en que describo sus costumbres: así es que mi libro no lleva la pretension de una obra acabada, pero sí la de ser el intérprete fiel de mis sentimientos; quizá será un estímulo para los escritores de Puerto-rico y un aviso saludable á las personas influyentes en la Isla. Recíbanlo mis paisanos como el fruto de muchas horas robadas al sueño y al descanso de los estudios de mi profesion, y no podrán menos que juzgarlo con benevolencia.

[Illustración]

[Illustración]

ESCENA I.

ESPÍRITU DE PROVINCIALISMO.

[Illustración]

I.

El lector puede que conozca hace tiempo á mi compadre Pepe, á quien conté la _fiesta del Utuao_ en el año cuarenta y cuatro; y por si no le tiene presente, ó nunca oyó hablar de él, sepa que es uno de los Cubanos mas juiciosos que en mi vida estudiantil he tratado: sério,

reflexivo y sentencioso algunas veces, decidor y muy chistoso otras, oportuno siempre, y molesto nunca; cautiva con la amenidad de su trato, y se hace desear hasta en sus ratos de mal humor, que tampoco le faltan, y no es entonces cuando está menos célebre.

La casualidad nos reunió poco despues de mi llegada á Europa, una emigración á la isla de Mallorca estrechó nuestras relaciones, y la conformidad en ideas y gustos, con la igualdad de vida y estudios, las han mantenido siempre sin que nada haya bastado á relajarlas.

Paseábamos en una tarde de junio por la muralla de Mar, hermoso paseo de Barcelona, disfrutando del rico y variado conjunto de trajes, y de la infinita diversidad de fisonomías que pasaban sin cesar á nuestra vista; mi amigo hacia las mas graciosas aplicaciones del sistema de _Gall_, á que es algo aficionado, mezclándolas con ocurrencias menos científicas, pero quizá mas exactas, sobre ciertas caritas, de las que decia que eran como la manzana de la Fábula.

Ocupados en esto, no vimos, hasta que llegó á saludarnos, á un jovencito, de quien el Saint-Remy de Sue pudiera tomar lecciones: su vestido era rico en su calidad, elegante en el corte, y llevado con un garbo muy difícil de pintar: este jóven hacia apenas un año que habia llegado de las Antillas, y ya conocia y saludaba á muchas de las señoras que encontrábamos; referia una anécdota escandalosa de cada una, y en no pocas era él el protagonista; nos encajó una relacion corregida y aumentada de sus conquistas amorosas, y destruyó á su modo algunas reputaciones sin mancha.

Compadecíame yo de tanta necedad, y miraba de reojo al amigo Pepe, que se le hinchaban los carrillos, y tragaba por no soltar las enormes bocanadas de risa. Quise sacarle del apuro, y dirigiéndome á nuestro

compatricio, le dije:--Muy dichoso es V., paisano, hay criollito que lleva ya media docena de años de estar en este viejo mundo, y no puede contar una centésima parte de las aventuras que á V. se le vienen tan á la mano. Dichoso, repito, el que ocupado tan deliciosamente, vé correr con velocidad los dias, que á otros parecen eternos, porque estan ausentes de su país, sin que tengan esos ratos que V. nos cuenta.

--Verdad es (contestó con mucha petulancia), que no puedo quejarme de mi suerte, porque otros muchos mas bien parecidos (y aquí se miró cuanto pudo de su cuerpo) no han logrado lo que yo; pero á pesar de esto me veo fastidiado: este es un país en que hay tan poco trato, ese maldito dialecto ó jerga que me horripila, estas costumbres, estas comidas, todo en fin me aburre tanto, que he escrito á mi padre para que me permita ir á Madrid á continuar mis estudios.--No entiendo, pues, como se queja del trato, un hombre tan bien tratado; ¿y está V. seguro de llenar en Madrid ese vacío que halla en Barcelona.

--Seguro á mas no poder... ¡Vaya! ¿en la Corte quiere V. que no le llene? Allí que todo es lujo, todo diversiones, con una finura que no tiene límites, y con una variedad de espectáculos que nunca me dejará fastidiar, ¿qué mas puedo pedir?

--Menos diversiones, menos espectáculos, y puede ser que menos finura, para que quede mas tiempo que emplear en la Universidad y en los libros. Viéndose nuestro hombre atacado de veras, y recordando que se las habia con uno, que, como se dice vulgarmente, podia meterle el susto en el cuerpo, varió de conversacion, y se marchó á poco, incorporándose con una familia de las que peor habia tratado algunos momentos antes.

--No tenia á este (dije yo) por una cabeza tan infelíz; le habia hablado pocas veces, y como tiene un esterior tan agradable, confieso que me engañó.

--Como á otros, repuso Pepe, le hace falta quien le trate con severidad, y no le adule por su dinero, ó por su buena presencia. Este muchacho es hijo de un asturiano honradísimo, su padre fué á mi pueblo hace treinta años, y entró á servir en casa de un comerciante muy rico, allí á fuerza de trabajo y de virtuosa probidad llegó desde simple criado á socio del que antes servia, se casó despues con su hija única, y hoy es uno de los hombres mas justamente venerados en el país. Tiene dos hijos que él hubiera dedicado al comercio; pero su mujer, que carece de la dulzura de nuestras paisanas y á quien sobra mucha vanidad, ha querido educarlos á su modo, y á lo último ha gastado cada uno en estudios, que no ha hecho, y para los cuales no era á propósito, cien veces mas de lo que suelen gastar otros, instruyéndose bien.

A este le dió por ser abogado; los mejores profesores de Cuba enseñaron al niño que, aunque no era el mas aprovechado en el colegio, casi siempre sacaba algun premio que volvia loca de contento á la mamá: concluidos los estudios preparatorios en aquella Isla, vino á emprender el de la Jurisprudencia; hace un año que se pasea por aquí, y un año tambien debiera tener de carrera, pero por _fas_, ó por _nefas_, él no se ha matriculado y ya tiene un curso perdido.

[Illustración]

Al principio manifestaba tener buenas inclinaciones, atendia cuando se le aconsejaba sobre sus deberes, y acaso hubiera llegado á ser útil

para algo; pero aquello duró muy poco, dió en acompañarse con cierta clase de pájaros, que le ayudaban á gastar bonitamente sus muy buenas asistencias, y que, como él dice, no le dejaban un momento para fastidiarse. Estos le han hecho adquirir infinidad de relaciones perjudiciales que le han engreido de suerte, que ahora solo habla de estudios cuando le sirven de pretesto para alguna peticion loca, tal como la de ir á Madrid á hacer el papel de Duque; y con estos conocimientos y esta aplicacion censura las costumbres del país, que cree conocer, porque tiene en la memoria una lista de tontuelas que le desvanecen, y de personas de juicio que le desprecian.

--Tristeza me da, amigo mio, el ver á un padre engañado de ese modo; ¡pobre padre y pobre patria, si de él necesitan algun dia!

--Pues no hemos llegado á lo mas curioso, y es que él cree amar mucho á su país, porque contínuamente dice pestes de todos los demás, y alaba cuanto hay en aquel, sea bueno ó malo; ¿se trata de adelantos en las ciencias ó artes? pues allí es donde no pueden hacerse mayores; ¿de cultura, buenas costumbres, etc., etc.? su tono es decisivo y su juicio no tiene apelacion: mas de una vez me he sonrojado, porque delante de personas respetables por su edad y erudicion ensarta tales disparates que es capaz de trastornar al cerebro mejor sentado.

En este punto interrumpió nuestro diálogo la llegada de otros amigos, y nos olvidamos por entonces del objeto de él, hasta que la casualidad me facilitó el terminarlo de un modo que no esperaba.

II.

Cuatro ó cinco dias despues, volvimos á encontrarnos los dos, aunque en distinto lugar. Este era un café. Apurábamos cada uno su taza que

parecia ser de _Caracolillo_ segun la fragancia que despedia, recordando aquellas Islas en que tanto y tan bueno se cosecha, cuando vimos entrar al señorito conocido nuestro, del fastidio, y de las conquistas, el mismo que algunos dias antes nos habia dejado en la muralla, acompañado de otros no sé si maestros ó discípulos suyos, pero que se le parecian bastante. Saludámonos, y sentáronse en nuestra mesa. De repente se me ocurrió una idea, dí una ligera pisada al amigo Pepe, la cual acompañé con un signo de inteligencia, y dije:

--¿Saben Vds., señores, que he tenido esta mañana un malísimo rato oyendo hablar á un inglés recien llegado de mi país? Figúrense Vds. un hombre como un castillo, con una cara redonda como una _jigüera_, que á pesar de saber donde nací, se empeñó en decir que aquello es un destierro, que allí no hay mas que bárbaros, que la civilizacion no ha llegado aun, que se ignora hasta el a, b, c, de las artes que en todo el mundo estan ya olvidadas, y siguiendo así no dejó nada en paz.... ¡Infelices de nosotros, y qué tunda llevamos!

--¿Y qué le respondió V.? contestó nuestro jovencito.

--¿Qué hubiera V. respondido?

--¿Yo? que era un bestia, un mal educado, que no tenia presente que hablaba con un Puerto-riqueño.

--No hubiera sido mal dicho, porque bestialidad, mala educacion é insolencia, es decir mal de un país delante de quien nació en él, (esta vez fuí yo quien me sentí pisar debajo de la mesa); pero habia un pequeño inconveniente, y es, que á mí no me acomodaba batirme á puñetazos con un gigante, y menos siendo inglés, porque sus padres no le habian educado mejor.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com